

W. M. Frohock

Malraux y su sentido trágico de la vida



MALRAUX comienza a adquirir aire de permanencia. Un público cada vez más numeroso se convence de que entre su media docena de novelas hay dos o tres—«La Condición Humana» y «La Esperanza» cuando menos—que prometen ser perdurables y que serán leídas de aquí a un siglo, como «Madame Bovary» y «Rojo y Negro» se leen hoy. Aparte del hecho de que, como Eminencia Gris del General de Gaulle, Malraux se ha convertido en una figura significativa, cuyas ideas, si el General llegara al poder, pueden afectar las vidas de todos nosotros, parecen existir amplias razones para que cualquiera que desee mantenerse al tanto de la gran literatura de nuestro tiempo deba leer y conocer la obra de Malraux.

Y sin embargo, su primer contacto con Malraux es para muchos desilusionante. Hasta que uno logra atraparlas, sus novelas son difíciles de leer. Sus personajes torturados viven en mundos íntimos en donde parecen experimentar grandes dificultades en comunicarse unos con otros, y mayores aún para con el lector. Sus motivaciones no siempre nos resultan claras. La significación de las cosas que hacen es siempre terreno fértil para la discusión—críticos de gran reputación emiten juicios sorpren-

dentamente dispares en su torno.—Y los argumentos mismos carecen del fácil fluir a que nos han acostumbrado otros novelistas; saltan de episodio en episodio (La última novela de Malraux, «Les Noyers de l'Altenburg», consiste en cinco tramas distintas que carecen de una escena común y de un héroe común y que se ligan únicamente gracias al símbolo expresado en el título del libro). Todo esto junto exige una ardua tarea de parte del lector.

¿Por qué el lector debe acometer su lectura? O, en otras palabras, ¿qué existe en las novelas de Malraux que nos compensen todo el esfuerzo de penetrarlo?

Hombres, primero y antes que todo, viviendo una vida especial por razones especiales. Como su creador, parecen todos haber surgido a imagen de Nietzsche. Han escogido vivir una existencia peligrosa, tramada por azarosas empresas, subyugando tribus nativas hostiles en Cambodgia (La Vía Real), fomentando la revolución en China (Los Conquistadores, La Condición Humana), conspirando contra los nazis en Alemania (El Tiempo del Desprecio) creando en España la resistencia contra Franco (La Esperanza) empujando a la rebelión a las tribus del Cercano y del Mediano Oriente detrás de Enver Pacha (Les Noyers de l'Altenburg). La violencia es su modo de vida. Matan tan fácilmente como si fueran personajes de un drama elizabethiano. Perecen de muertes horribles: de heridas infectadas, frente a pelotones de fusilamiento, envenenados, y, uno de ellos, ardiendo en la caldera de una locomotora. Especialmente en sus primeras novelas, «Los Conquistadores», «La Vía Real» y «La Condición Humana», el pensamiento de la muerte los persigue; algunos como Hong y Tchen, se lanzan en una carrera de asesinatos porque están fascinados por la clase de muerte que saben les tocará a ellos mismos.

¿Por qué vivir así? Porque es la única vida que tiene un significado. Vivir de otro modo sería sumergirse en el gran absurdo de una mera existencia vegetativa. Para dar una gran

significación a sus actos, cada uno de los caracteres de Malraux hace lo que Garín, el héroe de «Los Conquistadores», define como «enajenarse a una gran acción», una acción que es a veces la revolución proletaria, a veces la resistencia a la opresión de un agresor, a veces, como en «La Vía Real» y «Les Noyers»— *un esfuerzo* para imponer sobre otros hombres la propia voluntad, y, como los héroes de estos dos libros lo afirman, «dejar una cicatriz en el mapa».

En el esquema casi habitual de las obras de Malraux, la «gran acción» regularmente termina en un fracaso. Perken y Vincent Berger dejan' el mapa sin cicatrices, el primero porque es herido mortalmente mientras se enfrenta a una horda de aborígenes hostiles, el último porque la alianza de sangre de los Turcos que trata de provocar en apoyo de Enver se disipa en un simple mito hijo de su imaginación. Garín tiene que abandonar la revuelta en Hong Kong porque contrae una enfermedad fatal. Kyo y Katov, en «La Condición Humana», perecen cuando la Internacional decide pactar con los nacionalistas chinos y se ven sacrificados a las inescrutables tácticas del partido. Sólo en raros casos, como Manuel, quien se convierte en un gran comandante de hombres en la guerra española y Casner, quien al final de «El Tiempo del Desprecio» escapa de los nazis y está pronto a reasumir la lucha, un personaje de Malraux escapa a su destino.

Y éstos, los hombres que sobreviven, son en cierto modo casos especiales, en el sentido en que ellos se han amalgamado y subordinado a sí mismos completamente a «la gran acción», a la cual se enajenan. Ordinariamente los hombres de Malraux encuentran que la gran acción, por su naturaleza misma, los envuelve en un dilema inextricable: el éxito de la empresa con la cual han eslabonado sus vidas los destruirá a sí mismos como individuos.

Por ejemplo, Hernández, el oficial español cuya muerte forma uno de los episodios centrales en «La Esperanza» y uno

de los más interesantes y conmovedores caracteres que Malraux haya inventado. En épocas normales este hombre hubiera sido un buen franquista; es un soldado profesional, entrenado en una escuela militar, miembro de la casta de oficiales. Pero sus inclinaciones liberales y ciertos ideales indefinidos con respecto a conceptos como el de la justicia lo hacen entregar su destino a los republicanos. Ahora, al comienzo de la guerra, los republicanos son una masa desorganizada e indisciplinada. La única fuerza suficientemente poderosa para amalgamarlos en una masa disciplinada y cohesiva es el Partido Comunista. En los comunistas recae la tarea de «organizar el Apocalipsis». Ellos lo harán, pero a su manera y con su precio. De allí las torturas de Hernández, porque el precio son los ideales de un hombre como él. Para los comunistas cualquier injusticia necesaria para el buen éxito de su causa está justificada. Para Hernández, la injusticia en la que lo obligan a participar destruye los ideales por los cuales se ha unido a los republicanos. Para este dilema hay sólo una escapatoria; y así, cuando los republicanos son derrotados en Toledo, Hernández comanda la acción de cobertura y evita, combatiendo pulgada a pulgada, que se convierta en una catástrofe completa, para terminar siendo capturado por los franquistas y ejecutado por un pelotón.

Este esquema sobresale, desde luego, en el «ciclo comunista» de Malraux. La posición esencial de Hernández, resulta muy parecida a la posición de Garín en «Los Conquistadores». Garín se ha entregado a la revolución con la lúcida convicción de que es demasiado individualista para ser capaz de asimilar la disciplina una vez que la Revolución se realice; su fin, a menos que sobrevenga la muerte en la acción, será la liquidación. Y los individuos Kyo y Katov tienen que ser sacrificados a la estrategia de largo alcance del partido.

Pero este esquema también se revela en los libros en los cuales no interviene la política como un factor. La «gran acción» de Perken lo coloca en una posición en la cual no hay retirada

posible. Y el colapso de la aventura de Vincent Berger en el Asia central lo deja en un extraño estado angustioso para el cual no encontrará descanso hasta que enfrenta la muerte en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Sea o no la política el medio, todos estos hombres se ven atrapados y todos ellos sucumben a la derrota.

Sucumben, pero se las arreglan para sucumbir noblemente. Kyo, al final de «La Condición Humana», tiene que morir, pero sólo después que afirma la rectitud esencial y la dignidad de lo que ha hecho; Kotow perece de una muerte cruel, pero sólo después de afirmar su devoción por sus semejantes entregando a los otros prisioneros el cianuro que le hubiera proporcionado una fácil salida; Garín muere por su enfermedad, pero después que ha matado un último enemigo de la revolución como un acto de afirmación; y Hernández cubre la retirada antes de permitir que lo capturen. El modo cómo enfrentan su dilema y cómo nos obligan a considerarlo inherente a la condición del ser humano, les proporciona una suerte de dignidad. Observándolos experimentamos en parte la misma exaltada iluminación que sentimos al final de «Edipo Rey». Nos damos cuenta que esto es lo que la vida es, que esto es lo que entendemos por un ser humano.

Técnicamente hablando lo que Malraux describe una y otra vez es la tragedia del compañero de ruta, comprendiendo esta expresión en su sentido más amplio y no solamente en su significación política. Para darle algún sentido a su vida el hombre tiene que enajenarse a algo más grande y más transitorio que él mismo. Generalmente este algo es político, porque en nuestro siglo la mayoría de los problemas se polarizan alrededor de la política así como hace un siglo se polarizaban alrededor de la religión. Pero las cosas no *tienen* que ser políticas. La política es un accesorio de la tragedia, en la imaginación de Malraux, y no la tragedia un accesorio de la política. La palabra clave es «enajenación». Política o no, sea lo que fuere la «gran acción», los hombres de Malraux no se pierden en ella; ellos quieren pro-

seguir adelante por razones especiales de su fuero interno. A su manera son individualistas tan completos como los hombres de los primeros libros de Barrès, que sentían al mundo dividido en dos partes, el yo de un lado y todo lo demás, extraño y ajeno al yo, en el otro. Y, como siempre, aquel que salve su vida la perderá; la «gran acción» con la cual se identifican en beneficio de su yo, rehusa tolerar esa trizada integración del individuo. Malraux agarra a sus personajes en los momentos de crisis y crea una solución del dilema a través de una huída de la vida que le resulte emocional y estéticamente satisfactoria.

¿Satisface también a la inteligencia? Malraux ha venido últimamente mostrando síntomas de insatisfacción con su propia fórmula. En «*Les Noyers de l'Altenburg*», cuando la «gran acción» de Vincent Berger en el Oriente fracasa, lo hace en tal forma que Berger comienza a dudar no sólo de la unidad de los Turcos sino también de la unidad de toda la especie humana. Esto es grave—por cuanto, a menos de que uno tenga confianza en que existe el Hombre «constantemente idéntico a sí mismo», unificado por algo más que la mera biología, en dónde pasa a radicar la significación de la vida y de la muerte, en forma tal que confirme la esencial humanidad? A menos que el Hombre exista, «*La Condición Humana*» resulta un chiste. Berger, a continuación, participa en una conversación de intelectuales que se debaten contra el mismo problema y que se demuestran incapaces de resolverlo. En este punto Malraux interviene y hace que Berger tenga una intuición, a la vista de un viejo nogal, que renueva su convicción en la unidad de la raza, en su humanidad quintaesenciada.

Pero de nuevo nos encontramos con que esta es una solución poética, un acto de fe ante el cual el intelecto se rebela aun cuando el sentido estético se complazca. Y Malraux es un intelectual tanto como un poeta trágico. En los libros que ha escrito desde el fin de la guerra, sus dos volúmenes sobre la psicología del arte, parece una vez más en búsqueda de una evidencia—esta

vez la busca en lo que los hombres han producido para expresarse a sí mismos—porque tal evidencia de la eterna identidad del hombre le resulta necesaria para darle validez a su sentido trágico de la vida. Y es precisamente por cuanto este punto no está dilucidado en su obra que tendremos que esperar con ansiedad su libro sobre Goya y aún más su libro sobre Lawrence de Arabia, que desde hace años promete terminar y que puede traernos la respuesta a este interrogante.

Mientras tanto, para el lector que ahora se lanza a leer a Malraux, la solución del problema intelectual de Malraux puede esperar. Tiene por delante una lectura que lo conducirá a algunos de los momentos más tensos y más excitantes de la literatura de nuestro tiempo. Malraux ha trasladado la tragedia del drama a la novela, y, al mismo tiempo, ha creado una novela que es—como pocas novelas lo han logrado—sorprendentemente cercana al drama puro. Lleno de un arrebatador simbolismo plástico (como en la última salida de Katov cuando camina a que lo torturen) de acción violenta, de rico pathos, de un sentido casi abrumador de vida punzante, su obra ofrece una recompensa tan rica como pocas. El lector puede estar seguro de que su esfuerzo no será en vano.

Traducción de J. G.